

# Presencia árabe en las culturas latinoamericana y colombiana

Texto leído en Beirut por el autor, con motivo de la capital mundial del libro en el año 2009

JUAN GUSTAVO COBO BORDA

## Resumen

En el presente artículo, el autor explora la influencia de escritores de origen árabe en la cultura latinoamericana. Desarrolla un perfil de cada autor y explora su ascendencia, influencias y su obra. En ese recorrido a través de las letras latinas de origen árabe, revela la historia del encuentro entre ambas culturas.

## Abstract

In this article, the author explores the influence of Arab writers in Latin American culture. He develops

a profile of each author and explores their ancestry, influences and their work. In this journey through the writing of Latin of Arab origin authors, the author reveals the story of the encounter between two cultures.

## Palabras clave

Latinoamérica, árabe, literatura latinoamericana, Colombia, Barranquilla, Líbano, Beirut, Trípoli.

## Keywords

Latinamerica, Arab, latinamerican literatur, Colombia, Barranquilla, Lebanon, Beirut, Tripoli

## En la cultura colombiana

Tres destacados creadores encarnan el mundo árabe en las letras colombianas. La primera, la poeta Meira del Mar (1912-2009). Nacida en Barranquilla es bautizada con el nombre de Isabel Chams Eljach. Era descendiente de padres libaneses, Julián E. Chams e Isabel Eljach. En 1931 viaja al Líbano con sus padres y hermanos, en una travesía inolvidable por el Atlántico. El mar y el exilio serán motivos recurrentes de su poesía, al igual que su admiración desde joven por el poeta del Líbano, Kahlil

Gibran (1883-1931), autor de *El loco* y *El profeta*, dibujante admirado por su maestro Rodin, y a quien Meira del Mar retrató con estas palabras: “El rostro de un poeta en el sentido antiguo del vocablo: el que predice, anuncia, vaticina. El que ve más allá de la mirada y oye también lo inaudible”.

El segundo Giovanni Quessep, nacido en San Onofre, Sucre, en 1939, de padre libanés y madre bogotana, y cuyo abuelo, Jacob Quessep, llegó al puerto de Cartagena de Indias a fines del siglo XIX, en un barco proveniente de Marsella y que había zar-

pado de Líbano. Su poesía también está marcada por Biblos y Sherezada, Omar Khayyam, cedros y tamarindos.

El tercero es el novelista Luis Fayad, en cuya novela, *La caída de los puntos cardinales* (2000) nos da una visión, amplia y nostálgica, de quienes partieron del Líbano buscando un nuevo Paraíso, una renovada Tierra Prometida. Concentrémonos, en primer lugar, en este texto, un inmejorable punto de partida.

Luis Fayad nació en Bogotá en 1945 y publicó en 1978 una de las novelas más reveladoras de la nueva narrativa urbana, ambientada en Bogotá: *Los parientes de Esther*. Novela de diálogo y pequeñas existencias empeñadas en sobrevivir, entre los tortuosos escalafones de la burocracia y la lucha tenaz, día tras día, para alcanzar las tres comidas diarias en esos hogares de clase media, sostenidos por una estropeada dignidad, y la llegada inexorable de la jubilación y la vejez. Sin embargo, en el año 2000, y edi-

tada por Planeta, Fayad publicó una nueva novela: *La caída de los puntos cardinales*, donde torna la mirada hacia sus raíces, al viaje de sus ancestros desde el Líbano a la costa norte de Colombia. Un viaje marcado por el azaroso destino, en el sentido literal de la palabra, pues se juega a las cartas. El protagonista, ante las pérdidas de dinero en el póker, decide desembarcar en Sabanilla y borrar de su horizonte a Chile, el lugar hacia donde originariamente se encaminaba.

Se trata de Dahmar, profesor de un colegio en Beirut, y su esposa Yanira. Su contrincante en el juego es Jalil, sastre en Beirut. También viaja el herrero Mohamed, quien conocía a Yanira desde los 13 años y es ahora su confidente, y el hermano de Jalil, Hichan. Quien tuvo que abandonar Beirut un domingo 27 a las 8 de la noche, ante las perentorias amenazas del padre de quien es ahora su mujer, Hassana. Miembros de la comunidad maronita, en aras del honor debieron dejar atrás negocios y hogar; y en el caso de los hermanos Kadalani (Jalil y Hichan), chiitas y masones, un turbio asunto de política, en una atentado contra “un Mutasarrife armenio pero investido por el gobierno turco” (p. 34), para el cual trabajaba el padre de Yanira.

Pero esas conspiraciones soterradas contra la Sublime Puerta tendrán en Colombia una irónica respuesta: todos ellos son turcos, debido a su pasaporte, rubricado por el Imperio Otomano. También la travesía en barco y el arribo a esa precaria y desangelada tierra, donde liberales y conservadores se hallan enfrascados en sempiternas guerras civiles, comienza a erosionar sus rituales, con nuevos frutos: no el *kibbe* sino la yuca, no el tabule sino los pataco-

---

### Reseña de autor

**Juan Gustavo Cobo Borda**

(Escritor y poeta, asesor revista poliantea)

coborda@yahoo.com

Poeta y ensayista bogotano. Fue director durante una década (1973-1984) de la revista *Eco*, de la librería Buchholz, y *Gaceta*, del Instituto Colombiano de Cultura. Ha ocupado cargos diplomáticos en Buenos Aires y Madrid y fue embajador en Grecia. Miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua desde 1993, y correspondiente, de la Academia Española. Ha sido jurado tres veces del Premio Juan Rulfo, (Guadalajara, México); del Rómulo Gallegos, (Caracas); del Reina Sofía de poesía iberoamericana (Madrid) y del Neustad, Universidad de Oklahoma (Estados Unidos). Ha colaborado con otras publicaciones, como *Plural* de México, *ABC* de España y *El Nacional* de Venezuela.

Entre sus poemarios figuran *Consejos para sobrevivir* (1974); *Todos los poetas son santos* (1987); *Dibujos hechos al azar de lugares que cruzaron mis ojos* (1991) y *La musa inclemente* (2001), entre otros. Sus libros recientes son *Lengua erótica: antología poética para hacer el amor* (Bogotá: Villegas Editores, 2004), *Lector impenitente* y *El olvidado arte de leer*.

nes. Lo cual los lleva a aferrarse, con más ahínco, al juego del taule de su padre, hecho con madera de cedro y dados de marfil. Dos meses de travesía, por mar, ya serán un indicio de lo que acaecerá, entre el cambio y la nostalgia.

Lo cual se acentuará luego cuando las mujeres, en primer lugar, aprenden en contacto con las muchachas del servicio, los usos y palabras de la nueva tierra; e inmigrantes anteriores, como Ibrahim, comienzan a ponerlos en contacto con aduanas y trámites para importar mercancías. Que más tarde, a lomo de mula, comercializarán por los pueblos del interior, abriendo el crédito sobre telas y baratijas, en un país pobre, sacudido por las guerras civiles. En tal sentido la novela sigue de cerca el desarrollo del país a comienzos del siglo XX, y la llegada de estos inmigrantes libaneses a Bogotá, teje un logrado mosaico de figuras colombianas inconfundibles como el señor Contreras, de los trasteos, o el abogado Rubén Marín, el doctor Marín, candidato al Ministerio de Economía, que irán develando a estos extranjeros los intrínquilos de la vida local.

Que si bien aprenden rápido los tejema-nejes para sobrevivir, siguen aferrados a los vínculos con sus paisanos y a ver como poco a poco sus símbolos de identidad se transforman guardados algunos en los armarios y “confinados otros al fondo de los baúles” (p. 143), al contrario del narguile “que viajó con Dahmar desde Beirut y que no pasó de ser un adorno en una esquina de la sala, fue a parar al cuarto de Mohamed para darle el uso original”. Unas costumbres se diluyen, otras se mantienen con fuerza. Quizás la más destacada fuera su hábil astucia para los negocios, como la memorable escena

en la cual Dahmar visita a un funcionario del Ministerio y no vacila en tentarlo con una apuesta absurda. La cual el burócrata ganará fácilmente si tramita en doce días las licencias de importación de trigo. El soborno cobra así un aire risueño. Por su parte, Mohamed, el misterioso, viajará al sur en trance de conspiración para secuestrar al presidente y terminará negociando hojas de parra, tan esenciales en la preparación de las comidas libanesas como el *kibbe* y tabule fabricado con el trigo importado. Ya son casi colombianas, en la picaresca del negocio, pero siguen siendo libaneses integrales en una vida cotidiana con raíces milenarias. Las cartas que llegan del Líbano, como las de Soraya, prima de Yanira, dibujan un mundo lejano que padece también, en alguna forma, el viaje de tantos hijos suyos al extranjero:

No todos aquí están conformes con los que se van. Se alegran de que a sus paisanos los acompañe el progreso en otras partes, pero se quejan de que muchos se llevan el dinero y nuestro país es cada vez más pobre. Los que tienen y pueden venden sus propiedades y cargan con nuestras riquezas (p. 171).

En todo caso, la patria nunca queda atrás del todo. Siempre hay noticias, rumores, nuevos miembros que arriban a esa comunidad, pequeña si se quiere pero cada vez más arraigada en Colombia. Los cambios quedan registrados:

Cuando las tropas turcas sufrieron la derrota como aliadas de las alemanas en la primera gran guerra, los franceses entraron en Beirut, pusieron su gobernador y apoyaron en Damasco la subida de un Emir (p. 190).

Los hijos de estos inmigrantes, en Colombia estudian derecho, ingresan a

*En todo caso, la patria nunca queda atrás del todo. Siempre hay noticias, rumores, nuevos miembros que arriban a esa comunidad, pequeña si se quiere pero cada vez más arraigada en Colombia. Los cambios quedan registrados*

Qué lograda  
síntesis  
en donde  
nómadas y  
sedentarios,  
el mar y  
la ciudad,  
entrelazan sus  
referencias, en  
una música  
ancestral.  
En un arduo  
y dilatado  
proceso de  
identidad  
inconfundible.

la política, ven como sus padres montan fábricas de hilados de algodón, y asisten a las primeras huelgas de los empleados del tranvía eléctrico. La novela, en todo caso, no se desprende nunca de su núcleo original. Dahmar y Mohamed ayudan a Bayur a simular un incendio en su depósito de telas mohosas, con corto circuito y acetona incluida, para cobrar el seguro, pero una tormenta, con rayos y truenos de verdad, logran gracias a Dios el propósito. Por su parte, la mujer de Bayur, cada vez más gordo y quejumbroso, inicia una relación con Mohamed, siempre dentro de la endogamia de esos trasterrados, cada uno con las marcas diferenciadoras de sus raíces: maronitas, chiitas, drusos. Al igual que sucederá con Jalil casándose con una viuda con tres hijos, con lo cual él tendría con quien recordar sus días de juventud en Beirut y ella los suyos en Trípoli. La novela que incluye la figura de Jorge Eliécer Gaitán y el consabido desastre del 9 de abril, concluye dentro de la filosofía ya anunciada: en el aniversario de la muerte de Dahmar su mujer Yanira se entrega a Mohamed, fieles de algún modo al pasado, al hijo que ella tuvo en esta tierra y al cuerpo de su marido ya enterrado en Colombia, pero con el corazón, sin la duda, aun quemándose con el recuerdo del que había conocido en el Líbano.

Una vez visualizado, a través de la novela, el panorama general de la inmigración árabe a Colombia, su inserción productiva en una nueva tierra, con fábricas y restaurantes, con ascenso social y participación comunitaria, podemos fijarnos en la visión con que los poetas miraron hacia atrás y descubrieron, en la palabra, como “a mi reciente orilla”, lo que siempre oyen, rítmico y constante, es “un oleaje de

siglos”, tal como Meira del Mar lo expresó en su poema *Ayer*. Desde el siglo VII, por lo menos, esa memoria de la sangre, mantiene vivos “rostros abolidos” y sobre todo lugares que ya tienen una perdurabilidad legendaria:

Y ven mis ojos resurgir del polvo  
las ciudades que el dátil convocará  
junto a su vaso de dulzor, navíos  
que el armonioso mar de los abuelos  
con sus velas de púrpura cruzaron,  
pastores que la estrella agradecían  
con la ternura del rabel, antiguas  
gentes profundas, milenarias gentes,  
la vieja raza donde hubo forma  
esta que soy, de cánticos y duelo.

Qué lograda síntesis en donde nómadas y sedentarios, el mar y la ciudad, entrelazan sus referencias, en una música ancestral. En un arduo y dilatado proceso de identidad inconfundible. Quizás por ello, en otro de sus poemas, *Inmigrantes*, ya son los abuelos quienes edifican la casa, “como antes la tienda en los verdes oasis”, para trocar las viejas palabras en palabras nuevas. Ya no son las piedras de Beritos sino el jaguar y el puma, “ocultos en la selva”. Compartidos los dos con largueza, “tal el odre del agua en la sed el desierto”. La arena, como el tiempo, todo lo cubre, erosiona y desfigura. Pero incluso en tal proceso mantienen la conciencia de la pérdida: “rememoran el día/ en que bled fue borrándose/ detrás del horizonte”. Como anota la misma autora *bled*, en árabe, significa la patria, el país, la tierra natal.

Por su parte Quessep, quien cultiva una poesía lírica, de fuerte carga metafórica y referencias ocultas, también reitera elementos similares, con un tono propio.

Tal el definitorio título de un libro suyo de 1993: *Un jardín y un desierto*, donde un poema titulado *Escritura*, en sus dos estrofas finales, convoca la caligrafía de piedra de la Alhambra, en estos términos:

Me nombro en la escritura  
de la Alhambra. El desierto  
no es más que una aventura  
del árabe. Su huerto  
a la piedra resiste  
cantando en la Gacela:  
El paraíso existe  
si duerme el centinela.

Ese poder del sueño para modificar la realidad, para hacer que el peso de lo terrestre se transforme en voluta de gracia y cielo, puede incidir en ese extranjero sonámbulo, que no se reconoce a sí mismo, incluso “entre gentes que amo”, en “una ciudad blanca” (¿Popayán?) donde “es posible que muera / soñando un país de dátiles / y un barco donde cantan navegantes fenicios”. Igual que en Meira del Mar él también convoca a los dátiles, el también apela a los legendarios navegantes. El también establecerá un comercio, no de telas y perfumes, como en Fayad, sino de imágenes, como las que se desprenden de Omar Khayyam, cuando insomne lo lea bajo la luna, y asuma que el azul es color del luto árabe, como lo precisó Nicanor Vélez en el prólogo de un libro donde se reúne toda su poesía: *Metamorfosis del jardín*. Poesía reunida (1968-2006), 2007, sino que también el lapislázuli es la piedra emblemática del Líbano.

Por ello el azul recorrerá toda su poesía, incluso en sus momentos más conturbadores, cuando en la *Elegía* a la muerte de su padre, funde la hoja de cedro, el rumoroso azul, “la luna / Callada del que duerme”, y

“La soledad de piedra / De esa otra Biblos que es la muerte”.

### Un árabe bastardo

“A fines de los años veinte, Lola Jattin Safar vivía con sus cinco hijos y su esposo, Abdalá Chadid, en Sincelejo, pero conoció y se enamoró en Cartagena de Joaquín Gómez Reynero, un abogado local que, tras abandonar a su esposa, se fue a vivir con ella a Lorica”: así lo cuenta Heriberto Fiorillo en su libro *Arde Raúl* (2003). De esta unión, escandalosa para la época, nacería en mayo de 1945 en Cartagena el poeta Raúl Gómez Jattin, quien vivirá su adolescencia en Cereté y morirá en la misma Cartagena, el 22 de mayo de 1997, convirtiéndose en un fulgurante mito de la poesía colombiana.

Tanto por la vitalidad exacerbada de sus versos como por la rebeldía impugnadora de su existencia. Homosexual, drogadicto, visitante asiduo de clínicas siquiátricas, incluso en Cuba, terminó sus días atropellado por un bus, convertido ya en un deshecho humano, mendigo por las calles de su ciudad natal.

“La madre lo hartaba de *qibbe* y el padre de literatura”, recuerda su hermano Gabriel. Y uno de sus amigos, Iván Barboza, dirá: “Raúl se consideraba un árabe, pero un árabe bastardo”. En todo caso, la profunda tensión edípica con su madre, tal como queda patente en este poema, de su libro *Retratos* (1988) donde su figura se halla cruzada siempre por la referencia a su origen, desde el título mismo, será raíz básica de su poesía.

Un fuego ebrio de las montañas del Líbano

Yo te sé de memoria Dama enlutada  
Señora de mi noche Verdugo de mi día

En ti están las fuentes de mi melancolía  
y del fervor de estos versos  
En ti circula un fuego ebrio de las mon-  
tañas del  
Líbano  
En mis vapores densos de tu delirio  
nublan mi  
mediocre razón española  
Madre yo te perdono el haberme traído  
al mundo  
Aunque el mundo no me reconcilie con-  
tigo.

Esa tortuosa relación con su madre aso-  
mará una y otra vez en sus versos, pero será  
también ella la que terminará por darle esa  
nitidez perturbadora a sus poemas, enfren-  
tándose a sus traumas y afrontándolos con  
su palabra, gracias a

La transparencia oriental que asimismo mi  
madre y su vientre de Arabia habían sembrado  
en el hijo que se lanzó al vacío de la muerte  
apenas defendido por el amor a las palabras,  
tal como lo escribió en su poema *Salamandra  
para Octavio Paz*.

En ese cruce de tensiones se puede  
estudiar mejor su agresiva relación con su  
abuela, quien “venida de Constantinopla” y  
“fugada de un harem”, calificara de “mujer  
malvada”, a quien odio en su niñez, pero  
que ahora comprende mejor

“Con sus ‘mierdas’ en árabe y español  
con su soledad en esos dos idiomas y ese  
vago destello en su espalda de alta espiga de  
Siria”, como termina por exorcizarla, en su  
poema *Abuela oriental*.

Finalmente su imaginario erótico ,  
tan nítido en su poema *Príncipe del valle  
del Sinú*, tiene toda la sensualidad de una  
viñeta oriental y sus elementos caracterís-

ticos, de “joven dios agrario alejando el mal  
invierno”. Allí están “la noche de Damasco  
en sus ojos”, su elegancia: “la del caballo  
del desierto”. Su maneras: “la presencia  
de los antepasados orientales fumando  
/ el hachis”. Tendido sobre un “cojín de  
seda verde pistacho”, consumiendo uvas  
pasas, ajonjolí, almendras, yogur ácido,  
“la carne cruda con cebolla y trigo” y “el  
pan ácimo”, se convierte así en el deseo  
mismo, la esencia del “adolescente eterno  
que habita / la ilusión del poeta y su locura  
de alcanzarlo”.

Medalla grabada por las dos caras, en  
la otra, en su perfil de faraón Micerino, la  
barca que navega entre nenúfares, los ibis  
que vuelan sobre el río, anuncias “la momia  
embalsamada” del propio Micerino. Quien  
luego de consultar el *Libro de los Muertos*  
y los sacerdotes de Osiris temen no “morir a  
tiempo” para ser enterrado bajo esa pirá-  
mide –obra humana– cuya construcción  
tanto se demora. En la vida, como en la  
muerte, el hombre no cumple sus sueños. Y  
ese fatalismo oriental hace aun más dolida  
y dramática su poesía.

### **Rubén Darío y las puertas de Oriente**

Ya desde el siglo XIX se fueron estable-  
ciendo algunas de las imágenes centrales  
de lo que sería la concepción imaginaria  
del mundo árabe a través de la literatura.  
Esta vendría, en primer lugar, vía España.  
De historias que tendrían como escenario  
Córdoba o Granada. De moras enamoradas  
de caballeros cristianos que veían, ante la  
reconquista, como los ocho siglos de domi-  
nación daban paso al llanto, al dolor y al  
exilio.

Sin embargo, Rubén Darío (1967-1919)  
fue quien además de renovar la música

del verso español, le abrió una dimensión insospechada a las referencias culturales, que abarcaron no solo el simbolismo francés, sino que fijaron, a través de Francia, el lujoso exotismo de otras tierras. La recamada fantasía de cortes orientales y danzarinas con el rostro oculto por un velo aun más perturbador.

En 1892, en el prólogo del libro del poeta español Salvador Rueda, *En tropel*, elabora una enumeración vertiginosa de todos aquellos territorios físicos y mentales por los cuales viaja la Musa, con el pie descalzo de la Primavera o simplemente desnuda, como hinfa en el bosque. Pero Darío deja atrás Grecia y Roma y dedica cinco estrofas a quien desde el Oriente ya será un tópico proverbial de la poesía latinoamericana. Oigámoslas:

Pájaro errante, ideal golondrina,  
vuela de Arabia a un confín solitario,  
y ve pasar en su torre argentina  
a un rey de Oriente sobre un dromedario;  
rey misterioso, magnífico y mago,  
dueño opulento de cien Estambules,  
y a quien un genio brindara en un lago  
góndolas de oro en las aguas azules.

Ese es el rey más hermoso que el día,  
que abre a la musa las puertas de  
Oriente;

ese es el rey del país Fantasía,  
que lleva un claro lucero en la frente.

Es en Oriente donde ella se inspira,  
en las moriscas exóticas zambras;  
donde primero contempla y admira  
las cinceladas divinas alhambras;

las muelles danzas en las alcatifas,  
donde la mora sus velos desata;

los pensativos y viejos califas  
de ojos oscuros y barbas de plata.

*Rubén Darío*

*Poesía*

Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985

Reflexionemos sobre aquellos versos de un Rey, con un claro lucero en la frente, que abre a la musa las puertas de Oriente. Efectivamente Rubén Darío las abrió de un modo espléndido, en un torbellino incandescente de luces y ritmo, de “lirios, perlas y aromas”; de ilusión, “extasiada y muda”, cuando en mayo de 1907, y desde París, ya no canta a la Musa, sino a *La hembra del pavo real*; para crear así uno de los símbolos sexuales de su poesía, a través de esta transfiguración humana de una hembra del reino animal:

*La hembra del pavo real*

En Ecbatana fue una vez...  
O más bien creo que en Bagdad...  
Era en una rara ciudad,  
bien Samarcanda o quizá Fez.

La hembra del pavo real  
estaba en el jardín desnuda;  
mi alma amorosa estaba muda  
y habló la fuente de cristal.

Habló con su trino y su alegre  
y su staccato y son sonoro  
y venían del bosque negro  
voz de plata y llanto de oro.

La desnuda estaba divina,  
salomónica y oriental:  
era una joya diamantina  
la hembra del pavo real.  
Los brazos eran dos poemas

ilustrados de ricas gemas.  
Y no hay un verso que concentre  
el trigo y albor de palomas,  
y lirios y perlas y aromas  
que había en los senos y el vientre.

Era una voluptuosidad  
que sabía a almendra y a nuez  
y a vinos que gusto Simbad...  
En Ecbatana fue una vez,  
o más bien creo que en Bagdad.

En las gemas resplandecientes  
de las colas de los pavones  
caían gotas de las fuentes  
de los Orientes de ilusiones.

La divina estaba desnuda.  
Rosa y nardo dieron su olor ...  
Mi alma estaba extasiada y muda  
y en el sexo ardía una flor.

En las terrazas decoradas  
con un gesto extraño y fatal  
fue desnuda ante mis miradas  
la hembra del pavo real.

Escribirá también un prólogo a una versión de los Rubaiyat y en un libro titulada *Parisina*, publicado en Madrid en 1927, saludara con gran alborozo la versión al francés de *Las mil noches y una noche*, obra del doctor J.C. Mardrus. El elogio concluye con este exaltado reconocimiento:

De mi diré que libro alguno ha libertado  
a mi espíritu de las fatigas de la existencia  
común, de los dolores cotidianos como  
este libro de perlas y pedrerías, de magias  
y hechizos, de realidades tan inasibles y  
de imaginaciones tan reales. Su aroma es  
sedativo, sus efluvios benignos, su gozo

refrescante y reconfortante. Como cualquier modificador del pensamiento, brinda el don evasivo de los paraísos artificiales sin el inconveniente de las ponzoñas, de los alcoholes y de los alcaloides. Leer ciertos cuentos es como entrar a una piscina de tibia agua de rosas. Y en todos se complacen los cinco sentidos, y los demás que apenas sospechamos.

De estas puertas que se abren y de esa fuente que vivifica la sequedad retórica de nuestra poesía neoclásica, vendrán muchos frutos. El modernismo será la gran escuela de aprendizaje y flexibilización de nuestro idioma. En el caso colombiano sería injusto no mencionar al poeta Guillermo Valencia y su libro *Ritos*, aparecido en 1914 en Londres, donde dos poemas, por lo menos, miran y recrean el mundo árabe: son ellos *Los camellos* y *Balada*. Del primero su música verbal avanza con majestuoso ritmo:

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,  
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,  
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,  
a grandes pasos miden un arenal de Nubia.  
Son hijos del Desierto: prestoles la palmera  
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,  
y en sus marchitos rostros que esculpe la Quimera  
¡sopló cansancio eterno la boca del Esfinge!  
Pirámides, caravanas, huesos que blanquea el desierto:  
Solo el poeta es algo sobre este mar de arenas,  
solo su arteria rota la Humanidad redime.

El segundo poema, un tanto más trulento, narra la historia de Al-Mojahed, califa de Granada, quien enfermo hace venir un moro, “de los confines del Oriente”, el cual sangrará los brazos de mujeres, quizás miembros del harem, para que el Califa, al beber la copa, recobre la salud, como de hecho sucede. Después de este despliegue, un tanto cinematográfico, el *Envió* del poema resulta más convencional:

Si a las mías que la buscan  
tu mística mano alargas,  
alentará mi espíritu ya muerto  
con la frescura de su amor, ¡oh Hada!  
**Borges**, ciego sueña el Oriente

Pero en realidad el verdadero heredero de Rubén Darío será un hombre nacido en Buenos Aires, Jorge Luis Borges (1899-1986), quien en 1935 escribe una aguda nota sobre “Los traductores de las 1001 noches”: el capitán Burton, Galland, Lane, el Doctor Madrus y Enno Littmann. Todos ellos traducen la obra a su cultura, a sus conocimientos y caprichos, a su animadversión con otros traductores, a lo desaforado y mezquino de su imaginación. Las observaciones sobre el Doctor Madrus son certeras:

Madrus no deja nunca de maravillarse de la pobreza de ‘color oriental’ de las *Mil y una noches*. Con una persistencia no indigna de Cecil B. de Mille, prodiga los visires, los besos, las palmeras y las lunas.

Ya el Oriente es un tópico, unos escenarios desmontables para filmar la siguiente escena, un pretexto no tanto para traducir como para dibujar viñetas *art-nouveau*. Sin embargo esa traducción tan poco veraz, “es la más legible de todas”. “Su infidelidad, su

infidelidad creadora y feliz, es lo que nos debe importar”.

Este sano reconocimiento marcará todos los trabajos de Borges con motivos árabes. Tal su cuento “La busca de Averroes”, incluido en *El Aleph* de 1949, tal su parábola en el mismo libro “Los dos reyes y los dos laberintos”, donde el rey de Babilonia hace pasar una amarga tarde al rey de los árabes en el laberinto de piedra de su palacio. El rey árabe, de regreso a su país, convoca a los ejércitos, vence y arrasa Babilonia, y le ofrece a su rey su propio laberinto, “donde no hay escaleras que subir, ni puertas que forzar, ni fatigosas galerías que recorrer, ni muros que te vedan el paso”.

Luego le desató las ligaduras y lo abandonó en mitad del desierto donde murió de hambre y de sed. “La gloria sea con Aquel que no muere”, como concluye Borges ya convertido en narrador árabe que salmodia sus formas rituales en el zoco.

Más tarde, en *El Hacedor* (1960) vuelve “a soñar lo ya soñado”, en el poema titulado “Ariosto y los árabes”. Muestra allí como lo que “soñó la sarracena gente” lo recobra y mantiene el Orlando furioso, incorporándose a sus versos e imágenes, para cumplir así la fecunda polinización entre las culturas:

esto, que vagos rostros con turbante  
soñaron, se adueñó del Occidente.

Es la literatura quien transmite y comunica, pone en contacto y enriquece a los dos interlocutores del diálogo. El libro y su hipotético lector futuro, refrendando quizás lo que Averroes había dictaminado en su anterior texto: “Dijo que en los antiguos y en el Qurán estaba cifrada toda poesía y condenó por analfabeta y por vana la ambición de innovar”. Aquí Borges

parece sonreírnos pues modula un viejo acorde:

Escoria de los sueños indistinto  
limo que el Nilo de los sueños deja,

cimitarra, nos cuenta el deleitable libro que al tiempo hechiza todavía.

Es hora, quizás, de terminar. Y nada mejor que estas palabras de un ciego, Borges, quien en 1976, visita la Alhambra y siente lo que sigue:

Grata la voz del agua / a quienes abrumaron negras arenas /, grato a la mano cóncava / el mármol circular de la columna, / gratos los finos laberintos del agua / entre los limoneros, / grata la música del zéjel, / grato el amor y grata la plegaria / dirigida a un Dios que está solo, grato el jazmín.

*Para mostrarnos como un sueño Oriental, un corcel alado, que contamina a Europa en la épica de este poema, retorna a la gente que lo vio nacer, en “los desiertos de Oriente / y la noche cargada de leones”, para contarnos, una vez más, la milenaria historia:*

para mostrarnos como un sueño Oriental, un corcel alado, que contamina a Europa en la épica de este poema, retorna a la gente que lo vio nacer, en “los desiertos de Oriente / y la noche cargada de leones”, para contarnos, una vez más, la milenaria historia:

De un rey que entrega, al despuntar el día,  
su reina de una noche a la implacable

---

## Bibliografía

1. Borges, Jorge Luis. (1997). *El hacedor*. Madrid: Alianza.
2. Del Mar, Meira. (2007). *Viaje al ayer*. Barranquilla: Ediciones Uninorte.
3. Fayad, Luis. (2000). *La caída de los puntos cardinales*. Bogotá: Editorial Planeta.
4. Fiorillo, Heriberto. (2003). *Arde Raúl*. Bogotá: Panamericana Formas e Impresores SA.
5. Quessep, Giovanni. (1993). *Un jardín y un desierto*. Bogotá: El Áncora Editores.
6. Quessep, Giovanni. (2007). *Metamorfosis del jardín. Poesía reunida (1986-2006)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
7. Rubén Darío. (1985). *Poesía*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.